

## **Once tesis sobre el mercado y la sociedad civil\***

JOHN KEANE

CENTRE FOR STUDY OF DEMOCRACY (CSD), UNIVERSITY OF WESTMINSTER Y  
WISSENSCHAFTSZENTRUM BERLIN (WZB)

Traducido por Ramón A. Feenstra

---

### **Resumen**

El presente artículo constituye una reflexión sobre el concepto de sociedad civil, centrado en el debate sobre la idoneidad de integrar los mercados en dicha concepción. Se presenta un total de once tesis, siguiendo el esquema literario, que no político, de las tesis de Marx sobre Feuerbach, con el propósito de fomentar discusiones originales entre los detractores y defensores de la sociedad civil. A lo largo de estas once tesis se explora el papel que históricamente se le ha atribuido al mercado en la sociedad civil, y se analiza los motivos por los cuales las visiones actuales de la sociedad civil se basan por lo general en concepciones puristas que excluyen al mercado de dicha esfera. A partir de ahí se argumenta contra estas visiones de sociedad civil que se consideran erróneas por motivos tanto conceptuales como por errores de carácter estratégico. Finalmente, se defiende la necesidad de interpretar el mundo de un nuevo modo y formular nuevas propuestas de cómo los mercados pueden hoy en día ser re-incrustados en la sociedad civil con tal de fomentar la libertad y la igualdad entendidos en términos complejos.

Palabras clave: sociedad civil, mercados, igualdad compleja, democracia

### **1. La centralidad de los mercados**

---

\* Inspirado mucho más por el estilo literario que por el pensamiento político de Karl Marx en las famosas tesis sobre Feuerbach, completadas en Bruselas en marzo de 1845 y publicadas posteriormente con alguna revisión de Friederich Engeles, «Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie» *Die Neue Zeit*, 4/5 (1886), estos comentarios fueron presentados por primera vez para la conferencia, «Mercados y Sociedad Civil» en el European Civil Society Network (CiSoNet) 25 junio 2004, Madrid. Estas tesis son deliberadamente cortas y conjeturales, presentadas con propósito provocativo. El principal objetivo de este artículo consiste en fomentar agitadas discusiones de carácter original entre los defensores y escépticos de la sociedad civil, respecto los límites del pensamiento parcial sobre el mercado y las contradicciones e injusticias de las políticas ortodoxas neoliberales, que caracterizan hoy día numerosos países, marcos regionales e instituciones globales. Me gustaría agradecer por la crítica a versiones previas a Helmut Anheier, Daniel Greenwood, Jürgen Kocka, Andrew McVey y Víctor Pérez-Díaz.

Durante la modernización del concepto sociedad civil que tuvo lugar en la región Atlántica entre 1776 y 1848, todo analista político sobre la producción e intercambio de bienes consideraba al mercado como un principio constitutivo de la sociedad civil. Algunos alababan, otros criticaban y algunos otros permanecían ambivalentes respecto el mercado y su ética del individualismo posesivo. Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones* (1776) admiraba por lo general el empuje civilizador del mercado, aunque (en el libro 5) lamentaba el decline del espíritu marcial, la pauperización y la estupidez adormeciente, todo ello producido por la gran maquinaria del comercio y del intercambio. Tomas Paine en *Sentido Común* (1776) escribía positivamente respecto la empresa y la riqueza de la «sociedad civilizada» y el *doux commerce* de los americanos que lucharon frente el imperio británico; aunque más tarde (en *Justicia Agraria*, 1797) propuso establecer un sistema de corrección de mercado, pagado a través de los impuestos sobre la herencia, con tal de asistir a los recién casados, a los enfermos y a los ancianos.

Fue más tarde Hegel quien percibió el carácter agitado del mercado – las sociedades civiles fueron vistas como invenciones modernas en los cuales el *Bürgerstand* perturba y revoluciona permanentemente las necesidades sociales, produciendo una «multitud de pobres». Esta línea de pensamiento sobre la sociedad civil preparó el terreno para la crítica moderna más feroz de *bürgerliche Gesellschaft*: el ataque de Marx a la sociedad civil como una sociedad burguesa paralizante dominada por la despiadada lógica de la producción de bienes e intercambio (Marx, 1845/6). Estas diferentes percepciones sobre la sociedad civil tuvieron importantes repercusiones políticas durante el inicial interés moderno en la sociedad civil. Pero véase el acuerdo dentro del desacuerdo; sin ninguna excepción todos los pensadores percibían el capital, la inversión, el intercambio, la producción y el consumo de mercancías – las fuerzas y las relaciones de producción, mediadas por la naturaleza – como una característica constitutiva, un motor dinámico de la sociedad civil.

## **2. Sociedad civil purista**

En nuestros tiempos, en llamativo contraste, prácticamente todos los pensadores de la sociedad civil dejan de lado o ignoran el mercado, predominando una especie de visión purista de la sociedad civil, que es tratada como una zona libre del mercado. Esta sociedad civil comprende un espacio no gubernamental de asociaciones en los que una pluralidad de individuos, grupos, organizaciones, iniciativas civiles y movimientos sociales cultivan virtudes tales como: comunicación, solidaridad, apertura, tolerancia a la diferencia, no

violencia y el anhelo de la libertad con justicia. Se dice que la sociedad civil – en contraste con mercados impulsados por el dinero y protegidos por la ley – es estructurada por el «reconocimiento mutuo» o por la «autonomía», el «espacio público», el «pluralismo» incluso por normas de una «especie de comunidad universalizable» marcada por «prácticas interrelacionadas como civilidad, igualdad, crítica y respeto» (Alexander, 1998).

En algunos planteamientos le ha sido asignado a la sociedad civil el rol histórico, como heredero del proletariado, como si de un sujeto-objeto universal se tratara. La sociedad civil es percibida como la protección de los ciudadanos tanto frente a los estragos de los mercados, encaminados hacia el beneficio, como frente al poder gubernamental. Este «tercer sector» o «tercera fuerza» es un espacio de resistencia frente a la «colonización» (Habermas, 1982), un enclave en el cual son nutridos los ideales republicanos de la revolución francesa (*liberté, égalité, fraternité*). Una versión extrema de esta comprensión de la sociedad civil como una base liberada desde la cual los poderes despóticos del mercado y del gobierno pueden ser retados y políticamente vencidos, es la obra *Imperio* de Michael Hardt y Antonio Negri (2000): donde una sociedad civil mundial es capaz de librar una batalla revolucionaria para gozo del comunismo, concebida como una hija dialéctica del bio-capitalismo en búsqueda del dominio global.

### 3. Explicaciones

¿Cómo y por qué se ha producido el divorcio analítico entre mercados y sociedad civil? El cambio ha venido determinado por una diversidad de presiones. El entendimiento de la sociedad civil como un refugio de solidaridad comunicativa en un mundo inhumano de estados con mercados organizados ha encontrado en alguna ocasión (como en Japón y América Latina) su inspiración en políticas neo-gramscianas. También jugó un papel destacado los intentos post-modernos de definir el «poder de los sin poder» (Havel, 1985) en oposición a la omnipresente dominación tecnológica de las formas modernas de poder, como también lo hizo (en el caso de Havel) la simple ignorancia de la política económica, más una cierta medida del desfasado desprecio *bourgeois* por hacer dinero. La postura de la sociedad civil purista ha sido reforzada, a su vez, por importantes esfuerzos prácticos de un «voluntario» o «tercer» sector por promover justicia social frente las políticas gubernamentales de comercialización, y por varios proyectos de investigación que suponen que la sociedad civil es equivalente al tercer sector (Salomon y Anheier, 1997). La conclusión por la cual la sociedad civil y el mercados son opuestos, se ha visto reforzada por el simple hecho de que numerosas llamativas iniciativas cívicas de las pasadas dos

décadas, tales como Greenpeace, Emergency, Transparencia Internacional o el Foro Social Mundial, han buscado, evidentemente, no sólo frenar la violencia de los estados, los ejércitos y *gánsters* sino también publicar malas conductas corporativas e injusticias del mercado.

#### **4. Neoliberalismo**

Las percepciones puristas de la sociedad civil han sido profundamente modeladas por el colapso de la economía política y el ascenso de los economistas neoliberales. Aunque guiados por buenas intenciones y estructurados por una amplia variedad de motivos, la mayoría de las percepciones de la sociedad civil han absorbido, como una esponja, presunciones del mercado. Algunas versiones intelectuales de la sociedad civil se han convertido con sus razonamientos en cómplices serviciales del neoliberalismo y de su fetichista defensa del mercado (Green, 1993). Cuando esto sucede, hablar de la sociedad civil adopta una postura resignada: se dice que es obligatoria una fuerte confianza en los mercados si se pretende prevenir la tiranía política.

En la mayoría de los demás casos, los críticos de la incorporación del mercado en la noción de sociedad civil han absorbido tácitamente pensamientos de mercado, a menudo por error. Presuponen que el mercado y la sociedad civil son estructurados por lógicas mutuamente excluyentes. Los mercados, lubricados por el dinero, son interpretados como sinónimos de una mercantilización de la naturaleza, de las personas y de los objetos. Las economías de mercado están, por este motivo, inevitablemente desconectadas de – y en malos términos – las relaciones sociales y políticas. Siendo así, los defensores de la sociedad civil se han creado para sí mismos tres opciones prácticas: defender las felices islas de la sociedad civil frente las naves beligerantes del inabarcable mercado; llamar al *deus ex machina* del gobierno para rescatar la sociedad civil de las «garras» del mercado; o liberar a la sociedad civil de la opresión del mercado enfrentándose a éste mediante el debilitamiento o la completa abolición de la producción de materias primas, el intercambio y el consumo.

#### **5. Puntos ciegos**

Las visiones puristas de sociedad civil sufren de un desmedido fariseísmo, provocando confusiones y cegueras políticas. En primer lugar, los intentos puristas de separar mercados y sociedad civil son erróneos desde consideraciones descriptivas y empírico-analíticas. Es un hecho que todos los mercados conocidos, tanto del pasado como del presente, son relaciones de inversión, producción, intercambio y consumo no gubernamentales, mediados por la naturaleza y el dinero. En los que compradores y vendedores están constituidos, obligados y limitados por normas sociales lingüísticamente mediadas que se suman a obligaciones que gobiernan el comportamiento de todos los actores del mercado. Sin importar cuán dependientes sean los actores de la sociedad civil respecto los presupuestos, el dinero, los informes financieros y la publicidad, estas normas sociales lingüísticamente mediadas se dan dentro de las relaciones de mercado, y no en algún lugar externo.

La introducción de los mercados en una maraña de relaciones sociales está en gran concordancia con la temprana observación moderna, según la cual las sociedades civiles están diferenciadas en complejos modos no sólo por una multiplicidad de normas no gubernamentales: intimidad y amistad, debate público y conversación social, maneras de diversión y ritos de paso que tienen que ver con el nacimiento, el matrimonio, la procreación y la muerte, sino también por las normas del dinero, la propiedad, la producción, el intercambio y el consumo. Pensadores desde Smith y Paine hasta Tocqueville comprendieron bien que la propensión hacia el trato, el trueque y el intercambio de un objeto por otro está co-estructurada y co-determinada por otras normas de interacción social. Los mercados requieren de estas normas sociales para poder funcionar. Sin sociedad civil no hay mercados (como nos enseña los modelos comunistas de China y la Unión Soviética), pero la norma inversa también es aplicable: sin mercados, no hay sociedad civil (como nos muestran casos tan diferentes como *Solidarność* y Pol Pot en Camboya) El matrimonio entre mercados y otras instituciones de la sociedad civil puede ser (y frecuentemente lo es) infeliz, pero para la supervivencia mutua su divorcio está prohibido.

## **6. Efectos civilizadores**

Ciertos hábitos y normas sociales centrales son comunes a «the market experience»

(Robert E. Lane, 1991) y otras instituciones de la sociedad civil. El proceso de mercado de producción, compra y venta de mercancías no sólo necesita estar incrustados en un *habitus* social anclado en el trabajo no remunerado de los hogares. Los mercados también tienen una serie de efectos civilizadores (como incluso el propio Marx percibió al analizar la «socialización de la producción» bajo la condiciones capitalistas). Las sociedades civiles y sus procesos de mercado necesitan funcionalmente de la no-violencia; del dinero y la capacidad de calcular el beneficio; de la auto-moderación de los actores y su cuidadosamente definido amor propio (de otra manera conocido como simpatía); y de un sentido prosaico de responsabilidad por sus propias acciones, así como la expectativa de tener que pagar por los errores (Pérez Díaz, 2004). Asimismo, ni la sociedad civil ni los mercados pueden funcionar sin fomentar el cultivo de la habilidad de los actores de negociar con extraños (como en acuerdos empresariales), confiar en otros, y de crear sentido conjuntamente (como en la formación de identidad social que da lugar a través del consumo de mercancías impulsado por la publicidad). Las sociedades civiles están marcadas por una firme impersonalidad: el extraño es una figura común para los mercados y todas las demás instituciones de la sociedad civil. Las sociedades civiles llevan a cabo una separación entre objetos y personas (Mauss, 1966); el dinero permite la posesión y el intercambio a larga distancia, por lo que (piensa en la Alegoría del Comercio de Francisco Goya) los mercados amplían las relaciones espaciales, haciendo posible la transición de *Gemeinschaft* a *Gesellschaft*. Los mercados y otras instituciones de la sociedad civil son precondiciones básicas de la extensión del ámbito espacial y temporal de la personalidad individual y la cooperación.

## **7. Mercancías ficticias**

La inquebrantable dependencia entre los mercados capitalistas y otras instituciones de la sociedad civil pone de relieve el hecho de que el trabajo es «una mercancía» ficticia (Polanyi, 1945). La fuerza de trabajo no puede vivir con el dualismo entre mercado y sociedad civil. Si bien el trabajo es organizado en los mercados de las economías capitalistas contemporáneas como una mercancía, éste no es producido para la venta y no puede ser considerado como una pura mercancía. El concepto de trabajo es sólo otro nombre para un tipo de actividad social que es inseparable, en última instancia, de otros seis tipos de instituciones de la sociedad civil, que se encuentran integrados y combinados de forma variada:

– *formas de producción no mercantiles* dentro de los hogares, grupos voluntarios y

- caritativos y otras actividades de «economía paralela»;
- formas de *diversión*, en las que la gente invierte, al menos, algunas horas de su tiempo libre en actividades tales como deporte, viajar, turismo y *hobbys*;
  - las (frecuentemente superpuestas) organizaciones de *eventos artísticos y de entretenimiento*, que incluyen galerías, cines, música, clubes de baile, teatros, pubs, restaurantes y cafeterías;
  - el *cultivo de intimidad* a través de las amistades y los espacios familiares de cooperación, experimentación sexual, procreación y el abrigo social de los niños y adultos;
  - *medios de comunicación* no gubernamentales, como periódicos, revistas, tiendas de libros, cibernets, estudios de televisión y estaciones de radio comunitarias; y finalmente,
  - instituciones para la creación y definición de lo *sagrado*, incluyendo cementerios, lugares de ceremonias religiosas, monumentos y emplazamientos de importancia histórica.

Estos diversos tipos de organizaciones sociales no mercantiles son precondiciones imprescindibles de la fuerza de trabajo. En algunas ocasiones son descritos mediante términos como «capital social», «capital cultural» y «capital humano», pero es engañoso suponer que los trabajadores son meros adjuntos de las fuerzas del mercado. Cualquiera que sea el posicionamiento sobre el modelo Hitachi de vida corporativa – en el cual los trabajadores son obligados a socializarse con otros miembros del trabajo a través de organizaciones y clubes corporativos – éste conduce al punto esencial: la fuerza de trabajo depende, para su existencia, de los ecosistemas sociales de la sociedad civil. Los empleados no pueden ser reducidos a un proceso de producción de mercancías, intercambio y consumo racionalmente calculada. Es cierto que sus vidas pueden ser más o menos saturadas por los medios de comunicación, más o menos religiosas y – ciertamente – más o menos mercantilmente dominadas. Pero, solamente a través del sociocidio (*sociocide*), es decir a través del colapso del tejido social, pueden convertirse plenamente a las sociedades civiles en mercados capitalistas, en algo semejante a una fábrica, una bolsa de valores o a un centro comercial, impulsadas por la avaricia. Despojada la sociedad civil de su protección y reducido su estatus a un mero factor de producción, los actores sociales morirían de sobreexposición social.

Permitir a los mecanismos de mercado ser el único director del destino de los seres humanos y su entorno natural [...] conllevaría a la demolición de la sociedad. Puesto que esta presunta mercancía, la «fuerza de trabajo», no puede ser empujada, usada indiscriminadamente, o

dejada sin usar, sin afectar también al humano individual quien resulta ser el portador de esta particular mercancía. (Polanyi, 1945, pp. 78-79).

## **8.- Cuestiones de estrategia**

Percepciones puristas de la sociedad civil también son erróneas desde la base estratégica. Si el problema político consiste en limitar los mercados o abolirlos por completo, o simplemente llegar a una tregua entre las dos esferas, con o sin la ayuda de los gobiernos, entonces estrictamente hablando los actores de la sociedad civil no pueden emplear los métodos del mercado. El dinero o los medios y formas de producción no pueden ser empleados en defensa de la sociedad civil, puesto que ello implicaría una contradicción en métodos y espíritu. Es de suponer que los sindicatos pueden ser organizados, pero solamente a las afueras de las oficinas, fábricas y supermercados.

Según los puristas, la sociedad civil acoge con agrado una vuelta a Aristóteles, para quien la orientación del intercambio en búsqueda de beneficio es antinatural. Esta línea de pensamiento implica malas noticias no sólo para los sindicatos, sino también para iniciativas como Amnistía, Emergency, Greenpeace, o *Human Rights Watch*. Estos no son simplemente «asociaciones voluntarias» sino sofisticadas redes que emplean campañas comerciales. Hay más malas noticias: visto desde el punto de vista del mercado, la simpatía de empresarios y comercios hacia la filantropía y la responsabilidad social corporativa sufren de una *¡inconsciencia de clase!* Es como si fueran víctimas de un trastorno que les impide actuar como los capitalistas que supuestamente deben ser: como el avaricioso capitán holandés que arriesga todo conduciendo su barco a través del fuego del infierno. Por supuesto que algunos capitalistas – traficantes de niños para la prostitución, drogas duras, armamentos de guerra – sí que operan de esa manera imprudente y auto-interesada. Pero no todos actúan así. En «economía de la atención» (Davenport y Beck, 2001) algunos capitalistas entienden correctamente la vital necesidad de nutrir las condiciones sociales de los cuales dependen sus negocios – y actúan así reconociendo la fundamental distinción entre las «leyes de Producción» y las contingentes pautas de riqueza e ingresos que están determinados políticamente por las «leyes de Distribución» (J. S. Mill, 1864: 17-42).

## **9.- Efectos incivilizadores de los mercados**

Finalmente, las percepciones puristas de la sociedad civil, entendidas como una norma deseable pero todavía no alcanzada, son paralizadas por la fuerza y dinamismo de los



mercados. Los defensores de la sociedad civil pueden apelar a virtudes tales como la civilidad, el reconocimiento mutuo y la solidaridad social. Pueden y consiguen moralizar contra el mercado. Pero al creer en el sagrado dualismo entre mercados y sociedad civil están obligados por ello a respetar los mercados y su lógica distintiva. El mercado es visto, necesariamente, como un dominio en busca del beneficio, estructurado por el riesgo y la producción de mercancías y el intercambio, empleando la naturaleza como recurso. De ello se deduce que aquellos que ejercen poder dentro de los mercados deben estar permitidos a seguir adelante con sus negocios como de costumbre. Esta estipulación no sería problemática si los mercados fueran siempre y en cualquier lugar «socialmente amigables».

Desafortunadamente, este no suele ser el caso. A pesar de todos sus efectos socializadores – von Hayek (1976 vol. 2: 108-109) habla incluso de «catálisis» de mercados (del verbo griego *Katallatein*, «intercambiar», pero también «admisión dentro de una comunidad» y «cambiar de enemigo a amigo») – los mercados, estropean regularmente la interacción social. Provocan competencia social y (como consecuencia de que alguien debe perder) reducen el pluralismo social; y destrozan además la búsqueda en favor de la igualdad social. Los tan alabados efectos civilizadores de los mercados son restringidos, negados como consecuencia de los efectos *inciviles*. Los defensores de la sociedad civil deberían estremecerse ante su presencia.

## 10. Fracasos del mercado

¿Por qué amenazan los mercados a la sociedad civil desde dentro? Las teorías contemporáneas de sociedad civil necesitan re-visitarse – y revisarse – las teorías clásicas sobre los fracasos de los mercados, que formaron parte de prácticamente todas las concepciones modernas de sociedad civil hasta hace poco tiempo. Los ejemplos incluyen: la teoría de la alienación, con su crítica hacia la división moderna de trabajo y la visión contrafáctica de un mundo en el cual los humanos podían cazar por la mañana, pescar por la tarde y disfrutar de discusiones críticas y educadas tras la cena (Marx, 1845/46); y (a partir de los inicios del siglo XIX) el ataque a los mercados como fuentes de desigualdad y dominación de clase (Hall, 1805).

Las críticas más recientes lanzadas sobre los mercados se han concentrado en «externalidades»: las actividades de las empresas son acusadas de producir efectos imprevistos, «males públicos» tales como contaminación y el sobrecrecimiento urbano, que no figuran en los costes o beneficios asociados a la firma. También ha habido mucha reflexión sobre las tendencias de crisis de los mercados: por ejemplo, los convulsos y

anárquicos periodos causados por la caída de los índices de beneficio y los antagonismos de clase; su tendencia a promover el bajo consumo o el consumo insatisfactorio; la propensión de las empresas a causar desempleo, por no realizar inversiones arriesgadas, privilegiando su propio capital. Y la tendencia de los mercados a avivar tormentas sociales destructivas a través de la innovación tecnológica.

Estas y otras consideraciones sobre los fracasos de los mercados merecen ser reconsideradas. Algunas críticas hacia los mercados, como la romántica teorización sobre la alienación y el auténtico *yo*, son inverosímiles y deben ser rechazadas por la perspectiva de la sociedad civil. Sin embargo, otros análisis – como el énfasis sobre el «poder extractivo» dentro de los mercados (C.B. Macpherson, 1973) y las desigualdades producidas por el hecho de que en la competencia de mercado siempre existen perdedores – siguen siendo importantes. Tomando como ejemplo los Estados Unidos, a pesar de su vibrante sociedad civil, ésta viene marcada por el hecho de que el 1% de los hogares disfruta del 38% de la riqueza nacional, mientras que el 80% de los hogares menos favorecidos sólo posee el 17% de la riqueza nacional. Estos datos sugieren que los mercados no son descriptibles en términos de una feliz eficiencia de Pareto; los mercados pueden ser, y a menudo son, «prisiones» de impotencia y protectores del capital muerto (de Soto, 2000) que ahoga la operación de los así llamados *trickle down effects*.<sup>1</sup>

Esta es la razón por la cual se requieren urgentemente nuevas visiones sobre la tendencia auto-paralizante de los mercados. Hoy en día, han aparecido nuevos argumentos con el objetivo de explicar los motivos del mal funcionamiento de los mercados. Por ejemplo, los inmensos actores del mercado han tendido frecuentemente a manipular la información local en su propio interés, hasta el punto en el que «mega-proyectos» corporativos (Flyvbjerg, 2003) distorsionan tanto la información que provoca como resultado un masivo coste por errores de cálculo y proyectos que nunca son finalizados a tiempo. En tales casos, el auto ajuste desencadenado por los fracasos del mercado no se aplican hacia los actores corporativos. Resulta que la pretensión Hayekiana, según la cual los mercados ofrecen un conjunto efectivo de funciones interrelacionadas y coordinadas bajo condiciones de complejidad, en el que lo positivo de los mercados es que éstos son mecanismos descentralizados para incorporar y procesar información local dentro de resultados productivos y distributivos en gran escala, es incierta o, al menos, altamente exagerada (Hayek, 1966).

---

<sup>1</sup>Nota del traductor: *the trickle down effects* (efectos filtrados desde arriba) hace referencia a una argumentación política y económica según la cual el crecimiento económico de los ricos es favorable para los más desfavorecidos porque dicho beneficio añadido será eventualmente filtrado hacia las clases medias y bajas.

Un segundo ejemplo de pensamiento innovador es: debido a que los modernos mercados dirigidos a la conquista de la naturaleza han ido demasiado lejos, las sociedades civiles contemporáneas están comprendiendo, por primera vez, a través de la autorreflexión su co-dependencia frente a, y localizada dentro de, la biosfera. Las sociedades civiles desnaturalizan el proyecto moderno de dominar la naturaleza. Demuestran que también la naturaleza es una mercancía ficticia, y así exponen de manera lenta pero segura el fundamentalismo inherente en la defensa de la «eficiencia» de los mercados que empezó a finales del siglo XIX con los trabajos de Leon Walras y otros. No deberían ser confiados a los mercados la tarea de asegurar el mejor uso posible de los recursos en el contexto de posibles usos alternativos por medio de lo que ha sido llamado *tatonnement* (tanteo), proceso a través del cual los precios son torpemente ajustados en respuesta al exceso de demanda o suministros (Walras, 1954). En nombre de la «eficiencia», hay numerosas evidencias, algunas de ellas alarmantes, de que los mercados pueden, y de hecho suelen, ensuciar permanentemente las redes de nuestra biosfera. De ahí las emergentes batallas sobre la responsabilidad corporativa por la bio-simplificación, el deshielo de los polos y los probables efectos contaminadores de la nanotecnología.

## **11. ¿Pueden los mercados ser socializados?**

La decimonónica visión comunista, socialista y anarcosindicalista de la abolición del mercado está muerta. Ha fracasado. Se ha arruinado a sí misma por una orgía de desmesurada violencia y despotismo. La utopía de abolir los mercados ha resultado ser desastrosa (como *Democracia y Sociedad Civil* trata de mostrar, 1998) tanto por confiar en que el estado absorbiera el intercambio con la naturaleza (como Hayek predijo en *Camino hacia la Servidumbre*, 1944), como por pensar en la abolición del derecho y del gobierno fraguando la armonía social a través de la solidaridad de los productores colectivos (autogestión).

De una forma u otra, se suponía que la sociedad civil iba a convertirse en una mera memoria, una desagradable experiencia del pasado. Pero, teniendo en cuenta las insensateces y crueldades asociados con los esfuerzos pasados de abolir la sociedad civil, y que también la confianza ciega en la arrogancia de las políticas centradas en el mercado debe ser rechazada, ¿cómo pueden las teorías normativas de la sociedad civil encontrar un nuevo camino? ¿Quién, o qué, es el heredero del proyecto socialista y anarco-comunista que trataba de reducir el control de los mercados sobre la vida de las personas? ¿Cómo pueden los mercados ser re-incrustados en el mosaico de relaciones sociales garantizadas

legalmente que nosotros denominamos sociedad civil, de forma que nos traiga una mejor libertad e igualdad (entendida en términos nuevos y complejos) dentro de nuestro mundo, en una escala global?

Concretamente, ¿qué significa en la actualidad la visión moral de la economía (E.P. Thompson, 1971) del siglo XVIII? ¿Qué reclamos sustituirán en el futuro a las planteadas en el siglo XIX en defensa de ocho horas de trabajo, ocho de ocio y ocho de descanso? ¿Es el capitalismo cívico (O'Neil, 2004) una norma plausible y políticamente legítima? ¿Es factible en los países democráticos seguir unas políticas de *noblesse oblige* – una política que trate de seducir, amenazar e imponer legalmente a los negocios a ser conscientes de, y cumplir con, sus responsabilidades en una escala global? ¿Cómo pueden las actuales sociedades civiles frenar la marcha del fundamentalismo del mercado? ¿Por medio de modestos esfuerzos para reforzar los derechos de los accionistas y de los *stakeholders*? ¿A través de consejos de trabajo, la extensión de los derechos de los sindicatos, o la inclusión sistemática de los hogares dentro de las políticas del mercado laboral? ¿Cómo de factibles son los esquemas orientados a las necesidades sociales de las mujeres, a la reducción del tiempo de trabajo y a las nuevas formas de producción y consumo que no destruyan la biosfera? ¿Pueden áreas enteras de la sociedad civil ser activamente desmercantilizadas a través de la prohibición de la publicidad, o a través de proyectos concertados, de medios de comunicación públicos o de nuevos tipos de consumo ciudadano? ¿Requiere la supervivencia de la sociedad civil global la cancelación de las deudas de los países pobres, su representación justa en instituciones globales, o un impuesto global por beneficios corporativos? ¿Es necesaria la defensa de nuevas formas de ciudadanía, tales como el derecho legal a una excedencia decente por maternidad/paternidad, un adecuado cuidado de los ancianos, y un ingreso básico por ciudadanía, con tal de hacer más humilde el poder corporativo? ¿Cómo de importantes son las políticas que acogen justicia inter-generacional, por ejemplo a través de empoderar a los niños, los participantes de la sociedad civil más vulnerables respecto las fuerzas del mercado?

Solamente por razones tácticas, estas y otras preocupaciones no pueden ser abiertamente descritas como elementos de una amplia visión «post-capitalista» o «socialista» de la sociedad civil. En la era del turbo-capitalismo, el neoliberalismo y políticas de Tercera Vía, toda discusión sobre el socialismo parece públicamente prohibida. Estos son tiempos en los cuales el antiguo sarcasmo de Rousseau (1817) tiene una extraña relevancia nueva: «las sociedades han asumido su forma final: ya nada cambia sino es por las armas y el dinero». Siendo eso así, ¿cómo se podría mantener vivo y nutrir el antiguo proyecto de socializar los mercados y convertir las sociedades civiles más iguales, más

abiertas, y más civiles, durante los próximos años? La clave no consiste únicamente en cambiar el mundo, sino también en interpretarlo de un modo nuevo. Antiguas respuestas necesitan ser replanteadas, frescas preguntas precisan ser formuladas y un nuevo énfasis debe darse a las sabias palabras de William Morris (1896): «(la gente) lucha y pierde la batalla, y el objetivo por el cual lucharon ocurre a pesar de la derrota, y cuando llega resulta que no es lo que pretendían y otra gente debe luchar por lo que ellos defendieron bajo otro nombre».

## **Bibliografía**

ALEXANDER, J. C. (1998): «Introduction», in *Real Civil Societies. Dilemmas of Institutionalization*, Newbury Park, Ca, Sage.

DAVENPOR, T. H. and J. C. BECK (2001): *The Attention Economy*, Boston, Mass, Harvard Business School Press.

FLYVBJERG, B. (2003): *Megaprojects and Risk: An Anatomy of Ambition*, Cambridge and New York, Cambridge University Press.

GREEN, D (1993): *Reinventing Civil Society, the Rediscovery of Welfare Without Politics*, London, Institute of Economic Affairs.

HABERMAS, J. (1982): *Theorie des kommunikativen Handelns*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, vol. 2.

HALL, C. (1805): *The Effects of Civilization on the People in European States*, London, Gilpin.

HARDT, M. and A. NEGRI (2000): *Empire*, Cambridge, Mass., and London, Harvard University Press.

HAVEL, V. (1985): *The Power of the Powerless*, KEANE, J. (ed.), London, Hutchinson.

HAYEK, F.A. (1966): «Dr Bernard Mandeville», *Lecture on A Master Mind*, London, British Academy.

— (1944): *The Road to Serfdom*, London, Routledge and Kegan Paul.

HEGEL, G. W. F. (1821): *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Frankfurt am Main 1976.

KEANE, J. (2003): *Global Civil Society?* London and New York, Cambridge University Press.

— (1988 [1998]): *Democracy and Civil Society*, London and New York, Verso.

— (ed.) (1988 [1998]): *Civil Society and the State: New European Perspectives*, London

and New York, Verso.

KEYNES, J.M. (1936): *General Theory of Employment, Interest and Money*, en *Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. 7, in MOGGRIDGE, D. (ed.) (1973): London, Macmillan for the Royal Economic Society

LANE, R. E. (2000): *The Loss of Happiness in Market Democracies*, New Haven, Yale University Press.

— (1991): *The Market Experience*, Cambridge and New York, Cambridge University Press.

MACPHERSON, C.B. (1973): «Problems of a Non-market Theory of Democracy», in *Democratic Theory: Essays in Retrieval*, Oxford, Clarendon Press.

MARX, K. (1843): «On the Jewish Question», in *Writings of the Young Marx on Philosophy and Society*, edited EASTON, L. D. and K. H. GUDDAT, Garden City, Doubleday and Company; first published in *Deutsch-französische Jahrbücher* (February 1844), pp. 182-214.

MARX, K. and F. ENGELS (1845-46): «The German Ideology» in *Writings of the Young Marx on Philosophy and Society*, edited EASTON, L. D. and K. H. GUDDAT, Garden City, Doubleday and Company.

MAUSS, M. (1966): *The Gift: forms and functions of exchange in archaic societies*, London, Cohen and West.

MILL, J. S. (1864): *Principles of Political Economy*, 2 volumes, New York, D. Appleton and Company.

MORRIS, W. (1896): *A Dream of John Ball and a King's Lesson*, London and New York, Longmans, Green and Company).

OFFE, C. (1985): «The Political Economy of the Labour Market», in *Disorganised Capitalism*, KEANE, J. (ed.), Oxford, Polity Press.

O'NEILL, J. (2004): *Civic Capitalism: The State of Childhood*, Toronto, University of Toronto Press.

PAINE, T. (1797): *Agrarian Justice opposed to Agrarian Law, and to Agrarian Monopoly* (London); first published as *Thomas Payne, à la Législature et au Directoire, ou la justice agraire oppose à la loi et aux privileges agraires*, Paris.

— (1776): *Common Sense: On the Origin and Design of Government in General, with Concise Remarks on the English Constitution*, Philadelphia, R. Bell.

PÉREZ-DÍAZ, V. (2004): «Markets as Social Conversations», *Analistas Socio-Políticos*, Madrid.

POLANYI, K. (1945): *Origins of Our Time. The Great Transformation*, London, Victor Gollancz.

ROUSSEAU, J.-J. (1817): *Essai sur l'origine des langues*, Paris, A. Belin.

SALAMON, L. M. and H. K. ANHEIER, (1997): *Defining the Nonprofit Sector: A Cross-National Analysis*, Manchester; Manchester University Press.

SIMMEL, G. (1903): «Die Grosstadt und das Geistesleben», in *Die Grosstadt. Jahrbuch der Gehe-Stiftung* 9.

SMITH, A. (1776): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. Edwin Cannan, Chicago, University of Chicago Press.

DE SOTO, H. (2000): *The Mystery of Capital: Why Capitalism Triumphs in the West and Fails Everywhere Else*, New York, Basic Books.

THOMPSON, E.P. (1971): «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present* 50, pp. 76-136.

WALRAS, L. (1954): *Elements of Pure Economics*, London, George Allen and Unwin.